

CAPÍTULO I

—No, mamá; no cierres la ventana, por favor —la niña se envolvió más con las mantas y giró la cabeza hacia la ventana, observando la nítida neblina blanca que siempre rodeaba la luna llena. La mujer arqueó una ceja, preguntándose por qué su hija siempre quería la ventana abierta cuando era luna llena. Hacía dos años, la niña le había contado que había visto un lobo cuando su familia y ella habían salido de la ciudad unos días para ir a visitar a los parientes, cerca de un bosque, en el pueblo. Dijo que tenía un tamaño más grande de lo normal y unos ojos azules como el mar. La cría se había quedado mirando el animal con la boca abierta, sin que éste la atacara ni se acercara a ella, sino observándola también. Pero sólo duró unos segundos. Después, la madre de la niña la cogió rápidamente sin darse cuenta de que el lobo había dado media vuelta y se había marchado de allí. —Es que me gusta mucho oír aullar a los lobos a la luna. Es como una música que me ayuda a dormir —giró la cabeza y, al ver la cara de su madre, añadió—: Me gustan los lobos, mamá. ¿A ti no?

La mujer suspiró y salió de la habitación. No era normal que una niña de ocho años hiciera esas cosas. Por los cuentos que se contaban sobre los lobos debería temerles; pero ella parecía feliz al verlos, estar casi a su lado, rozarlos... Sacudió la cabeza con tal de apartar esos pensamientos de ella. Muchos lobos habían atacado a humanos en el bosque atrayéndolos con la mirada. Si eso mismo le ocurría a su hija se sentiría desgraciada toda la vida. Dio media vuelta para asegurarse de que la niña seguía en la cama. Allí estaba, Alyssa, con sus enmarañados cabellos pelirrojos tirados por la almohada. Sonrió y cerró la puerta.

Una figura oscura trepó hasta la ventana de la casa. Se alegró al comprobar que, como le habían comunicado, la casa de los ricos Whiverlee, tenía la ventana ancha y, por tanto, podía cogerse sin problemas. Hincó la rodilla en la madera y sintió un escalofrío con el contacto. Le repelían las estacas. ¿Y si tenía pensado alguien clavarle una? Observó a la niña pelirroja mientras dormía. Debía tener la sangre poco espesa, suave y deliciosa. Se agarró la mano con tal de evitar la masacre. Había venido hasta allí para confirmar que era ésa la chica especial. Se acercó un poco más a la cría. Le rozó la mejilla y un calambre recorrió todo su cuerpo. Ésa debía ser. Se subió de nuevo al ventanal y se levantó, de espaldas a la luna. Su cabello largo y oscuro ondeaba al viento. Sus ropas negras brillaban al contacto con la luna. Sus ojos rojos parecían rubíes brillando enérgicamente.

Alzó las manos y una neblina oscura rodeó al personaje. Levantó la cabeza y miró unos segundos la luna. Con un suspiro, su cuerpo humano se transformó en el de un murciélago y, alzando el vuelo mientras se volvía hacia la luna, murmuró con una voz gélida pero seca: —Ya te he encontrado.

Al día siguiente, Alyssa y sus padres se dirigieron al cementerio, pues era el aniversario de la muerte de la hija mayor que, años atrás habían tenido. Alyssa se arrodilló ante la cripta de su hermana y bajó la mirada. Recordar la muerte de Flora le dolió en lo más profundo de su corazón. Ella apenas tenía seis añitos, mientras que la joven ya iba por los dieciocho. Las dos habían subido a un carruaje para que las llevara al pueblo, de compras, como hacían cada verano. Estuvieron todo el trayecto hablando sobre lo que podrían comprarse y, de paso, llevarle algo a la madre de las niñas. Durante el viaje, el conductor desapareció sin dejar rastro y las niñas tuvieron que salir para ver qué ocurría. Cuando estuvieron en el exterior, pudieron ver que ya se había hecho de noche y... había luna llena. Flora obligó a su hermana a subir de nuevo al carruaje y, cuando ella iba a hacerlo, unos hombres saltaron sobre la muchacha y la acuchillaron allí mismo. Alyssa derramó unas lágrimas al escuchar en su mente los gritos de terror de su hermana mayor mientras la torturaban.

La dejaron tirada en el suelo, moribunda y débil. La niña salió del carruaje y trató de levantar a su hermana para entrarla en el transporte, pero pesaba bastante. La miró a los ojos unos instantes y la joven le susurró: —Corre, Alyssa. No tardarán en ir a por ti. La niña negó con la cabeza y se quedó al lado de su hermana. Ésta le apretó la mano dejándosela manchada de sangre e insistió: —Por favor. Puede que no tarde en morir. Vete y avisa a papá y a mamá. Diles que venga alguien de inmediato. Alyssa se incorporó y dio media vuelta. Respiró hondo y empezó a correr, dándose cuenta de que estaba dejando a su hermana medio muerta sola. Se volvió y se dio cuenta de que unos aullidos de lobos sonaban más cerca. A ella le gustaban éstos seres. Se acercó más a su hermana pero se alejó al ver que unas figuras negras habían saltado sobre ella y se alejaban, a una velocidad sobrehumana. La niña apretó los dientes al recordar que no hizo nada por su hermana, ni siquiera les contó a sus padres lo de los asesinos. Se limitó a decir que su hermana se había perdido por el camino y que debían ir a buscarla. Se avergonzó de sí misma. ¿Por qué había hecho eso? No se lo perdonaría jamás. Se fijó en que el candado que cerraba la cripta había desaparecido. ¿Dónde estaría? ¿Alguien habría entrado a ver a su hermana muerta? Recordaba que encontraron el cadáver de Flora tirado en el suelo, con la piel pálida y unas ojeras que daban miedo. Se la llevaron y le hicieron un funeral y una cripta para ella. Allí había descansado desde entonces, pero en lo que jamás se habían fijado en que, en el cuello, tenía dos orificios rojizos.

Alyssa se paseó por el cementerio mientras sus padres oraban ante su difunta hija. Había muchos muertos, sobre todo, jóvenes. Tres tumbas le llamaron la atención por la forma que tenían de expresar la muerte de los propietarios. Una decía que había sido atacado por un animal, otra agredido por un murciélago, y la última, que a Alyssa no le hizo ninguna gracia, decía asesinado por un chupasangre. La niña sintió un escalofrío en su nuca y se volvió. No lejos de allí, junto a una tumba, había un joven que debía tener unos dieciocho años. Apoyaba la espalda sobre la lápida y sus brazos estaban cruzados sobre el pecho, sin cesar de mirar a la niña con una sonrisa sarcástica. Tenía el pelo rubio, ondulado y largo que le llegaba hasta los hombros. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones marrones, con botas de cuero negras. Sus ojos eran azules, seductores. Lo que más llamó la atención de la niña era que en su camisa

blanca podían distinguirse dos pequeñas huellas diminutas de lo que parecía ser sangre. Alyssa se dio la vuelta y fue con sus padres. Sacudió la manga del vestido negro de su madre y le contó lo que había visto. Se giró para mostrarle el extraño joven pero se sorprendió al descubrir que ya no había ni rastro de él.

Aquel día, a la ciudad acudía un célebre juglar que hacía algunos años que ya no pasaba por allí e iba para narrar a algunos niños experiencias suyas o algún que otro relato tradicional conocido por muchos pueblos. En la plaza de la ciudad se reunieron varios niños y adultos para escuchar al famoso bardo. Éste se subió a una fuente y empezó a relatar una historia:

—Puede que nadie sepa este relato, por eso hoy estoy aquí para contároslo. Es la historia de la Dama del Bosque...

>>Muchos cuentan que la han visto por la espesura, siempre radiante con su belleza natural y seductora. Pasea vestida con su vestido hecho de la tela que le entregó su madre, la luna, hace mucho, mucho tiempo, cuando la hermosa dama formaba parte del mundo de los dioses. Pero la rodean un aura de color azul y una pútrida peste a azufre.

>>Se cuenta que un hombre se perdió por el bosque y decidió acampar allí, acurrucado junto a un árbol grande y hueco. A medianoche, el individuo oyó pasos majestuosos, inhumanos, bonitos, como de zapatos de cristal con campanitas de plata que sonaban refinadamente en el silencio de la noche, acompañando la ya menos intensa melodía de los grillos. Abrió los ojos y decidió averiguar de qué se trataba, pues solamente el ruido ya lo atraía.

>>No muy lejos vio que, sobre una pequeña colina, observando atentamente a la luna, había una muchacha joven con el pelo azul brillante y liso, que ondeaba al viento. Vestía una prenda majestuosa que brillaba intensamente, como si estuviera hecho por miles de luciérnagas o diamantes que relucían en la oscuridad. Su piel fina pero azulada destacaba sobre la prenda. Pero sus ojos... negros como el ala de un cuervo, sin pupila, eran aterradores.

>>Poco a poco, el hombre vio que la piel de la muchacha iba volviéndose oscura y le salía pelo blanco. Su nariz empezó a alargarse hasta transformarla en un hocico. De la cabeza le salieron dos orejas

enormes y peludas y todo su cuerpo se encogió hasta que la joven se transformó en un lobo de gran tamaño que aullaba a la luna.

>>El hombre quiso correr, desaparecer de allí y avisar al pueblo de que había una mujer-lobo en el bosque y matarla... pero estaba paralizado y no conseguía mover ni un dedo. Notó muchos escalofríos en su cuerpo y calambres, cosquilleos y dolores. Pero por más que lo intentara, no podía moverse.

>>Como si la luna notara la presencia, en un segundo brilló con más fuerza y la mujer-lobo se giró. Al ver al hombre empezó a aullar sin cesar y otros aullidos le respondieron. Sólo entonces, el individuo supo que era hombre muerto, que ese bosque debía estar infestado por muchos otros seres como la Dama del Bosque y que irían a por él en segundos.

>>Una voz insólita pero acogedora acudió a su mente. Logró entender a un hombre con voz ronca que le ofrecía la dirección de su casa para esconderse hasta que los lobos se hubiesen marchado. De pronto, se vio a sí mismo correr con una velocidad sobrehumana hacia la espesura. Hacia donde no alumbraba la luz de la luna. Hacia un castillo lúgubre, insólito y tenebroso.

>>El hogar estaba rodeado de unas verjas forjadas en hierro puro oxidado, así los lobos podían salir heridos si la mordían. Todas las puertas le permitieron el paso como si tuvieran vida propia y el hombre pudo entrar al castillo rodeado de mantas, té caliente y un buen fuego para entrar en calor. Los señores de la casa no tardaron en presentarse: un hombre de aspecto rudo, delgado y con el pelo negro, largo hasta los hombros, una túnica negra y la piel pálida. Su esposa, una mujer igual de pálida, con el pelo rizado, castaño claro larguísimo, con un vestido poco escotado, de color oscuro. "Te ofrecemos hospitalidad hasta el amanecer, pues los lobos ya no estarán. ¿Te parece bien, forastero?", preguntó el señor del castillo. "Sí, gracias, amable señor."

>>El hombre se quedó dormido en un sillón sin saber lo que le esperaba. Sintió un dolor punzante en el cuello y, cuando abrió los ojos, vio al señor del castillo clavándole unos colmillos espeluznantes. El individuo gimió y gritó cuanto pudo hasta el punto de notar que la muerte lo acogería pronto en su seno. Pero el señor del castillo no había finalizado su trabajo; le hizo tragar a su nuevo sirviente un vaso de sangre animal y entonces... todas sus fuerzas regresaron a él multiplicadas por mil, transformándose en la pesadilla de la humanidad: en un vampiro, un piel-pálida, un chupasangre.

>>Los vampiros solían engañar a los humanos para atacarlos y alimentarse de su sangre, hasta que los lobos se hartaron y quisieron pelear para poder comer. Y así se inició una de las muchas guerras entre vampiros y hombres-lobo.

Todos los niños aguantaron la respiración mientras que se les ponían los pelos de punta. No estaban nada acostumbrados a escuchar relatos de éstos.

Alyssa recordó la tumba en la que había leído: “atacado por un chupasangre”. ¿Eso era un vampiro? ¿Y su hermana? Había sido atacada por seres de velocidad sobrehumana, ¿significaba que eran vampiros, los agresores de Flora? Mientras los niños se incorporaban y se iban con sus progenitores, Alyssa se levantó y fue hasta el bardo.

—Disculpad, tengo una pregunta: ¿todos los chupasangre son vampiros? ¿Y ellos son capaces de correr sobrehumanamente?

—Sí, querida. Los vampiros son chupasangre, así que ten cuidado, pequeña, no vaya a ser que te quieran hacer algo. Además, los vampiros pueden transformarse en murciélagos y sobrevolar bosques y montañas para alcanzar su objetivo: la sangre humana. Cuidado, Alyssa, pueden ir a por ti.

El tono había sonado burlón, a la vez que brusco. La niña había podido ver que los ojos del bardo eran negros como el carbón, sin pupila. Sus labios formaron una amable sonrisa y la cría alcanzó a ver dientes blancos y puntiagudos, todos iguales, como si se los hubieran limado expresamente para despedazar.

Fingió una sonrisa, dio media vuelta y, sin ningún miedo pero con desconfianza, se fue hasta donde sus padres la esperaban, junto a dos árboles.

Los progenitores prepararon el carruaje y dijeron al cochero a donde debía dirigirse, mientras que Alyssa se volvió por última vez. El bardo la seguía mirando con un brillo insólito y tenebroso en los ojos. Había dejado de sonreír momentos antes. Se había cruzado de brazos y la miraba sin cesar.

El cabello largo y rizado de Alyssa ondeaba al viento, tirándosele por encima del rostro hermosamente. Parpadeó varias veces y rompió la sonrisa que sus labios habían creado, formando una mueca de desconfianza mientras que fruncía levemente el ceño. Había algo en ese

bardo que la atraía al mismo tiempo que le repelía. Por un momento, justo tras el juglar, a Alyssa le pareció reconocer la figura del muchacho del cementerio que le decía con los labios. Se concentró al máximo hasta que llegó a entender lo que le decía: “No te fíes. No le mires. Vete de aquí.”